

Unas palabras introductorias

JOAN SANTACANA Y LAIA COMA

Dicen que el emperador Adriano quiso ser arquitecto; en sus viajes a lo largo y ancho del Imperio vio y admiró infinidad de edificios, ciudades y monumentos. Tuvo ocasión de apreciar desde el granito egipcio al travertino romano y el mármol del Ática. Estos viajes fueron lo que le impulsaron a reunir en un espacio enorme —Villa Adriana— los modelos arquitectónicos que a lo largo del tiempo se habían acumulado en su mente. Una construcción planificada, con más de treinta edificios ocupando un kilómetro cuadrado, con jardines alejandrinos, arquitecturas griegas y egipcias formaron parte de esta magnífica villa urbana. Es como si el emperador se hubiese llevado de cada territorio del Imperio que recorrió una imagen, una fotografía impresa en su cerebro y que, al regreso a Italia, las hubiera reunido en un gran álbum fotográfico en forma de complejo arquitectónico.

Nosotros hoy, al igual que él, recorremos el mundo, visitamos ciudades y descubrimos paisajes que de forma sistemática se almacenan en nuestros *smartphones* y máquinas fotográficas; de la misma forma que hizo Adriano, nos complacemos en revivir lo vivido. Es como si durante el tiempo transcurrido entre el viaje de ida y el de vuelta hubiésemos adoptado una ciudadanía temporal respecto al territorio o a la ciudad visitada. De ella nos llevamos fotografías y objetos en forma de *souvenirs*, es decir, recuerdos. Los objetos que adquirimos a lo largo de nuestros viajes, muchas veces simplemente *kitsch*, tienen la función de rememorar, recordar que estuvimos allí, que lo vimos. Pero nuestros recuerdos también son emociones, sabores, olores y sonidos, al mismo tiempo que retenemos en nuestra retina imágenes de monumentos y de personas. Queremos fijar el tiempo, como si fuera posible fosilizarlo. Centenares de miles de viajeros, desde Heródoto hasta el presente, han hecho cosas parecidas; los humanos hemos viajado por motivos muy diversos, desde las emigraciones forzadas por guerras, calamidades, hambrunas o persecuciones, hasta los viajes que emprendieron multitudes en la Edad Media para buscar la salvación, pasando por buhoneros ambulantes, caravanas de feriantes y mercaderes. Todos ellos recorrieron el mundo, a veces buscando una ciudadanía temporal y otras, simplemente, impelidos por la

necesidad. Viajeros ilustres, como Erasmo de Róterdam o Stefan Zweig, también tuvieron que huir de la intolerancia de su tiempo y adquirir otras ciudadanías por la fuerza de la necesidad.

La diferencia entre entonces y ahora, entre las épocas pasadas y nuestro tiempo, es que el viaje que denominamos *de turismo* en primer lugar tiene retorno previsto, y en segundo lugar busca el ocio, a veces inteligente y otras veces malsano, pero ocio al fin y al cabo. El que millones de ciudadanos y ciudadanas del mundo salgan de sus hogares y busquen vivir experiencias distintas en otros países o en otras latitudes es hoy tan general en Occidente que ha adquirido la categoría de fenómeno masivo. De esta forma, las viejas ciudades del mundo que ejercieron papeles significativos en el pasado, tales como Atenas, Roma, Estambul, Viena, Madrid, Lisboa, París, Londres, Nueva York o Pekín, se llenan hoy de muchedumbres más o menos ruidosas, ávidas de recorrer sus calles, sus cafés y sus palacios. Acude a nuestra memoria el lamento desesperado de Ruskin en su obra *Las piedras de Venecia*, cuando, después de una larga estancia en la ciudad, se planteó en qué se transformaría el viejo escenario de la ciudad lacustre después de los cambios a los que su siglo le sometía, con millares de visitantes que, siguiendo el entonces denominado *Grand Tour*, veían en Venecia un destino inevitable.

También aquí es oportuno plantear el texto que el cardenal Scipione Borghese hizo grabar a la entrada de la villa romana que lleva su nombre, cuando afirmaba que todas aquellas maravillas las había mandado construir para el goce de los visitantes, pero les advertía solemnemente que el custodio de la villa se encargaría de ellos si su incívico comportamiento las dañaba. El texto, que traducimos, reza así:

Yo, custodio de Villa Borghese, esto públicamente declaro: no importa quién seas, basta que seas hombre libre, no temas aquí estorbos de reglamentos; ve donde quieras, pregunta lo que quieras, vete cuando lo desees. Estas delicias están hechas más bien para el huésped que para el dueño. [...] El amigo tiene aquí, en vez de la ley, la buena voluntad; si en cambio alguien con malvado engaño, conscientemente, infringiera las áureas leyes de la cortesía, vaya con cuidado que el custodio airado no despedace la célula de la amistad (Santacana, 2005: 64-65).

El miedo de Ruskin y el del cardenal Borghese no eran infundados; espacios pensados en parámetros humanos iban a ser sometidos a una presión jamás pensada por sus constructores. ¿Cómo hacer compatible la conservación y la sostenibilidad con el derecho al disfrute y al ocio de las sociedades democráticas actuales? ¿Cómo evitar enfrentar turismo y destrucción? ¿Cómo negar a la humanidad gozar de aquello que

ha sido declarado «su» patrimonio? ¿Cómo regular la convivencia entre dos tipos de ciudadanías, una temporal y otra residente, en un espacio tan reducido como es el centro urbano de las ciudades históricas?

Para enfrentar estas problemáticas, el instrumento único que las sociedades ordenadas tienen a mano es fundamentalmente la educación. Los antiguos griegos, que transmitían su pensamiento filosófico a través de mitos, explicaban que, cuando Zeus creó el mundo, dio a cada ser vivo una función y a los humanos les enseñó el control del fuego, y con él, los oficios. De esta forma, los humanos podían convertirse en buenos carpinteros, herreros, agricultores o artistas, pero les faltaba algo muy importante: no sabían vivir juntos, desconocían la «política», las leyes de la polis. Para que no se pelearan, Zeus envió a su emisario encomendándole que entregara a todos y cada uno de los humanos un don importante, el del respeto mutuo. Al mismo tiempo, le ordenó que aquel ser humano que fuera incapaz de recibir este don fuese apartado de los demás, porque este podría destruirlos a todos. En esto consistía para los griegos «ser educado».

La ciudad y el turismo solo serán compatibles cuando ambos acepten este don, es decir, cuando nos esforcemos en «ser educados»; ciudad, turismo y educación son una ecuación en la cual ninguno de los tres elementos funciona correctamente sin los otros dos. Por ello, el plan de esta obra no es otra cosa que una reflexión colectiva nacida en el seno de unas poblaciones cuyos objetivos confluyen en la idea de Ciudad Educadora.

Todas estas ideas hasta ahora expresadas, y muchas más que vendrán, se presentan en este libro bajo una estructura clara y ordenada de tres bloques. El primero de ellos se ha dedicado a la reflexión sobre el papel que la educación juega en el arte de viajar y las diversas experiencias que el turismo hoy en día nos ofrece, y de cómo estas mejorarían bajo una mirada pedagógica (bloque 1). En segundo lugar, tomando como referencia el trabajo desarrollado en la red temática «Ciudad educadora y turismo responsable. El patrimonio como valor identitario de una ciudad», se analizan diversos conceptos esenciales, tales como los de turismo cultural y turismo sostenible, para después adentrarnos en una reflexión crítica constructiva del turismo de masas y sus consecuencias actuales en la convivencia ciudadana (bloque 2). En tercer lugar, en el bloque 3, se dedican unos capítulos a las ideas de patrimonio e identidad vinculadas a la oferta turística de un destino, poniendo de relieve las posibilidades turísticas que brinda el patrimonio (ya sea este cultural, natural, gastronómico, paisajístico, cinematográfico o literario) y los valores que este es capaz de reforzar en cuanto a la identidad y singularidad del lugar y de su gente.

Esperemos que esta obra, inscrita dentro de los valores de las Ciudades Educadoras y dedicada a la ecuación definida por las variables educación, turismo y ciudad, despierte en el lector nuevas reflexiones y le ayude a divisar las posibles respuestas adecuadas a las tantas preguntas que el sector turístico demanda y que, como decíamos, requieren de la educación para desarrollarse con éxito.